

gación. Yo, le dí un consejo. Y él, en pago y agradecimiento, me respondió con otro. Como no tuve más remedio que escucharlo, me encontré al poco tiempo a la salida de un cine pidiendo pan con cualquier cosa. Todos me daban palomitas de maíz que yo guardaba cuidadosamente para el canario padre que había dado a luz el loro converso del gallo de mi corral de infancia.

Ironías. Todo son ironías. Bocadillos e ironía. Todo son bocadillos de jamón con pantomaca.

Yo me desilusioné a los nueve meses, en la cuna. Me arrepentí de la vida cuando comprobé que las personas mayores también comían a pesar de su gran desarrollo corporal. Desde entonces, me desilusionó la vida y no volví a entender de nada más. Pero no importa. A una llamada de teléfono está la solución a su problema. Venga a vernos.

Comunica...

Pasado un tiempo, me conformé un poco más al saber que comían por que no habían comido anteriormente. Antes, por lo visto, no había papillas lacteadas ni televisión. Me pregunto cómo anunciarían entonces las papillas lacteadas para que las madres, obedientes, las comprasen para sus cachorritos hambrientos de amor.

Un transeúnte, en paro forzoso, se deshace en la duda de ser o no ser ((jejeje)). Mira alternativamente al kiosco de periódicos, al de bocadillos y a una solitaria moneda que tiembla en sus manos agujereada previamente en el gastado bolsillo de su pantalón de dudas. Al fin, se decide por el periódico considerando que, al fin y al cabo, es una buena inversión. Mira los anuncios. Sigue comunicando. El hombre tiene la mano extendida al vacío. Deposita una moneda y vuelve a mirar el puesto de los perritos calientes. Camina y vuelve con otro periódico. Pasa las hojas con avidez, para en esta ocasión tragárselas materialmente una a una dejando para posre las noticias culturales de Generalitat. Me sonrío y están a punto de propinarme una bofetada por pisar la pata de un perrito pekinés que, más que otra cosa, parecía su madre a juzgar por el aspecto. Por otra parte, la fuga de capitales le está robando escena en la primera página de todos los periódicos comestibles o no, a la eficiente campaña contra el hambre patrocinada por asociaciones de carácter "informal" de todos los rincones del mundo. Sonrío y marco. Más sigue comunicando.

Me leo otra vez el Quijote y sigo sin encontrarle la gracia. Me sigue quedando el mismo sabor amargo en la boca, la misma tristeza de antaño. Me hace vivir. Sigue comunicando y, sin embargo, dicen con toda la razón que lo que falta es comuni-

cación. Todo el mundo perdió un brazo en la guerra, menos uno que perdió el talón. ¡Cirujanos, los de entonces! Las montañas se escalan paso a paso; las lavadoras en cómodos plazos mensuales. Yo me compraré de todo cuando sea mayor o sea cuando sea millonario. Nada tengo más que años. Ni os amo ni os odio. Manuel Machado se disfraza para los carnavales y, a pesar de todo, pasa desapercibido. Su voluntad se muere en esta noche de luna. En una inmensa noche de luna se pusieron a aullar centenares de canarios-lobo a punto de convertirse en caballos percherones para ayudar a tirar del carro de Téspis que se quedó planchado en el cieno de una noche sin estrellas, forjada desde sarcásticas diabras por un grupo de grandes profesionales de su querido teatro. ¡Nene, caca! Y sigue comunicando.

Voy a enfurecerme de tedio y desesperanza y van a subir las tarifas del teléfono dentro de breves instantes. No podré aprovecharme del presente porque todos queremos hacerlo al mismo tiempo y no cabemos todos en el barco de la esperanza.

Todo está frustrado desde la niñez. Hasta los olmos sedosos que quisieron dar peras y por más fuerza que hicieron y más huelgas jamás llegaron a conseguirlo. Seguramente se quedaron dormidos en los laureles de las frentes coronadas de los poetas pobres. Yo también. Jamás conseguí escuchar, cuando debía, el final del cuento de garbancito. Me lo contaban en la cuna y siempre me quedaba dormido cuando estaba en la barriguita del buey. Tenía pesadillas. Un día, a fuerza de voluntad, conseguí llegar despierto hasta más allá de la barriga y resultó que mi narrador no sabía cómo terminaba y me contó una mentira como final que más tarde descubrí haciendo el ridículo delante de mis enemigos.

A partir de entonces, cuando me cuentan un cuento, desconfío del final y prefiero imaginármelo a mi modo. En caso de peligro, corto y cuelgo y sigo comunicando sin dejarme comunicar.

Los números ordenados tampoco tienen respuesta a veces. A veces me paro a pensar y no consigo pegar ojo ni sién debido a los ruidos de madrugada con los monstruos que van recogiendo a tiro de lazo-vaquero-americano, todos los restos de nuestros días perfectamente atados, formando rabos que cuando van a aullar se esconden debajo de la panza sin dejar nada, nada que hacer.

El Presidente Ráimon Rullan ha aprobado el mayor presupuesto de armas de defensa (jejejeje) de la historia y ha autorizado la fabricación de armas químicas y pedredría barata. Los cangrejos saben de lo que hablo y retroceden angustiados y se bañan en el río a punto de asfixiarse.